

Lo más natural

Jaime Izquierdo



Alba, la recepcionista que nos atiende en un hotel de Cangas de O Morrazo, lo tiene claro. Le pregunto que si solo pudiese visitar una de las islas, Ons o Cíes, cuál me recomendaría. No duda y responde: "¡Hombre!... Ons. Es más natural, vive gente". En la conversación tercia su hermano para no descartar la otra candidatura insular y, de paso, matizar la respuesta que, por lo demás, comparte: "las Cíes son una maravilla... y si eres botánico o así pues las Cíes... pero si eres una persona normal, entonces Ons".

Al día siguiente, un joven recién licenciado en historia que atiende una oficina de turismo en Bueu también mostró su predilección por Ons. "Las Cíes son una preciosidad, pero ahora casi parecen un parque de atracciones. Ons conserva lo de siempre, hay huertas, casas, se come pulpo...". Alba también había dicho algo parecido "en Ons viven como vivimos los gallegos".

Alba no sabe que eso mismo que dice, es decir, que lo natural es que en los sitios viva gente, fue lo mismo que dijo el presidente de la República francesa Georges Pompidou en 1971 cuando los síntomas del abandono del campo y la concentración urbana comenzaban a ser más que patentes: "... salvar la naturaleza, que mañana será la primera necesidad del hombre, es salvar la naturaleza habitada y cultivada. Una naturaleza abandonada por el campesino, aunque esté cuidada, se convierte en una naturaleza artificial y yo diría incluso triste..."

La idea de una naturaleza configurada por la historia de las comunidades campesinas entronca con la tradición intelectual de los metafísicos alemanes del siglo XIX para los que la naturaleza

en Europa, continente de "paisaje domesticado" donde lo haya, era también obra del hombre.

En sus ensayos sobre la naturaleza, el filósofo, teólogo y geólogo francés Pierre Teilhard de Chardin había formulado una teoría evolucionista que explicaba la necesidad que tiene el hombre de cooperar con la naturaleza. Su planteamiento, que podríamos considerar precursor del conservacionismo dinámico, enuncia que "la naturaleza equivale a transformación" y en ese proceso permanente interviene de forma "natural" y activa el hombre.

El consejo sueco para la investigación, un centro que estudia, entre otras cosas, las relaciones entre la agricultura, el medio ambiente y la ordenación del territorio, publicó en 2009 un libro sobre los paisajes rurales europeos y cómo cientos de pequeñas culturas campesinas habían ido modelando la naturaleza durante milenios. Entre sus conclusiones advierte el autor, el investigador sueco Urban Emanuelsson, que el verdadero valor patrimonial de la naturaleza en Europa estriba en conservar activos esos procesos agroecológicos locales que vinculan a la comunidad con su paisaje.

En Cangas, hace unas semanas, Alba llegó a la misma conclusión que un presidente de la república francesa, una escuela filosófica alemana, un insigne metafísico y un prestigioso instituto sueco de investigación. Y llegó así, sin despeinarse, sin percatarse siquiera de la trascendencia de su hallazgo, sin darse importancia, mientras rellenaba mi ficha de huésped en su hotel.

No sé si nuestros gobernantes lo tienen tan claro como Alba. No sé si han reparado en esas ideas tan extendidas en Europa que explican que tras milenios de coevolución entre el hombre y la tie-

rra nuestra naturaleza ya no nos es ajena y en consecuencia, tenemos con ella una responsabilidad de custodia, respeto, buen trato y un compromiso por no dejarla abandonada.

En definitiva, se trata de saber si es cierto, como titula Xosé Luis Barreiro que *A terra quere pobo*, y si se dan las condiciones para establecer una propiedad simétrica, es decir, que a la inversa la cosa también funciona y o pobo quere a terra. Y, si es así, entonces tenemos que establecer los términos contractuales para materializar esa querenencia tan natural. Algunos de nuestros más clarividentes pensadores, pioneros en tratar recomponer la relación entre el hombre y la tierra, están buscando el camino para restaurar los lazos rotos y solventar los desencuentros habidos en las últimas décadas, tras la deserción del campo y el abandono de los acertados conocimientos de los campesinos.

Por mi parte sigo los pasos de uno de mis maestros, el economista chileno Sergio Boisier, que explora las múltiples identidades locales para avanzar en la modernización de los países. Y más recientemente, las ideas del economista, y ex lehendakari vasco Juan José Ibarretxe, sobre la combinación entre innovación e identidad para "mirar el futuro sin olvidar las raíces" acoplado la variable K, de cultura local, al sistema de interacciones I+D+i.

Volveré a la península de O Morrazo en breve para preguntarle a Alba cómo ve ella la manera de arreglar este desaguisado que hemos montado al separar hombre y naturaleza, conservación y desarrollo, territorio y cultura, cuerpo y alma. Puede que la solución esté ya consignada en una de sus respuestas: se trataría de vivir como en la isla de Ons, o lo que es lo mismo, como gallegos.